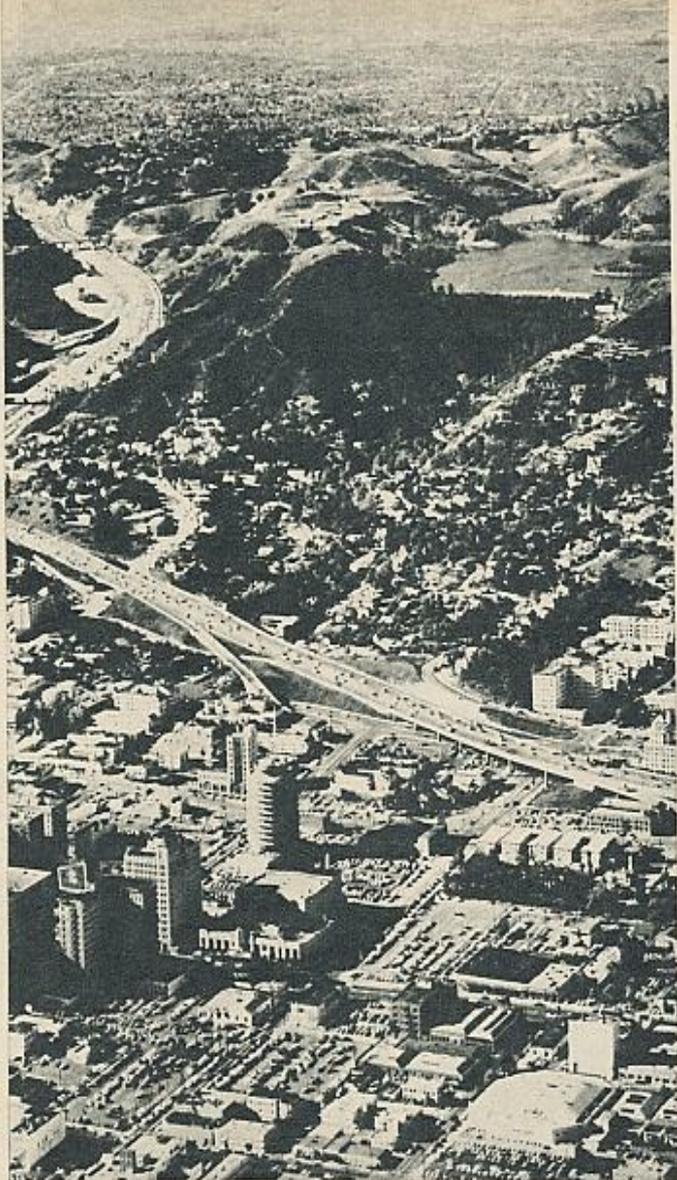


VIVIR en Los Angeles, la ciudad más extensa del mundo, es una singularísima experiencia urbanística que difícilmente puede ser verbalizada. Para quienes nos hemos educado en las viejas ciudades europeas y nos resistimos a sustituir el ocioso paseo a pie por el motor de explosión, Los Angeles resulta una ciudad estrictamente inhabitable, pero que adelanta proféticamente uno de los destinos de la civilización urbana occidental. Diseñar una ciudad a escala de automóvil conlleva extinguir la idea de centro urbano, concepción arcaica derivada de la plaza, mercado e iglesia que eran eje de la villa medieval. En el caso de Los Angeles, como en San Francisco, gravita también el amenazador espectro de los terremotos, responsable de la escasa altura de las casas y una de las razones de la gigantesca extensión de su área metropolitana. Pero las erupciones verticales también han comenzado a florecer aquí, con mayor intensidad que en San Francisco, gracias a las lecciones aprendidas en Hiroshima y Nagasaki acerca de resistencia de materiales y de estructuras. El resultado práctico de todo ello es que cada mañana, al salir de mi apartamento en Sunset Boulevard, en Hollywood, me encuentro infaliblemente a una distancia de más de cinco millas del lugar que deseo alcanzar. Los malintencionados pueden decir que Los Angeles ha sido diseñada por expertos financiados por la industria automovilística, y los fatalistas pueden argüir que el progreso es así.

Después de haber vivido un frío invierno en Massachusetts, el sol y las esbeltas palmeras de Los Angeles resultan una bendición de la Naturaleza. Salta a la vista que la juventud del Oeste, educada al aire libre, con el regalo de sus extensas playas y de su clima, produce ejemplares humanos mucho más bellos y hedónicos que en la América del Este. California es el Estado-Edén de la juventud americana y aunque Sacramento sea su capital, la vida cultural, política y económica del Estado gira en torno a los dos polos que son San Francisco y Los Angeles, frontera extrema de una cultura joven que necesita ser reinventada cada día. Hasta las formas de protesta política juvenil son aquí más imaginativas que en el Este. Hace unos días asistí a una manifestación protestataria a las puertas de la Hastings School of Law, en San Francisco, ante las que desfilaron los piquetes juveniles con carteles que pregonaban protestas en un espectro que recorría las reivindicaciones de los chicanos (mejicano-americanos), de las *Women's Liberation* y «slogans» maoístas acerca de la destrucción del imperialismo, pero este coro de indignación tenía como fondo sonoro una orquesta de «rock» integrada por otros estudiantes, que proporcionaba así sostén moral y amenidad a sus compañeros mani-



LOS ANGELES HOLLYWOOD: TENER Y NO TENER

festantes y atraía, de paso, la atención de los viandantes. En Europa, en cambio, parece difícil conciliar el maoísmo con el «rock», pero en California resulta una alianza perfectamente coherente con el contexto cultural.

Desde los días de la avalancha de buscadores de oro en 1848, California ha sido un permanente polo de atracción para las capas sociales más dinámicas de este país. Huyendo de los picapleitos y detectives de Edison, los pioneros del cine americano fundaron en un

barrio de Los Angeles la gigantesca fábrica de sueños que es Hollywood, en los años que precedieron a la primera guerra mundial. Y en los días amargos de la Depresión, muchos granjeros arruinados buscaron su nuevo Canaán por las carreteras que conducían al Pacífico. Pero el *revival* moderno del Oeste puede fecharse a comienzo de los años cincuenta, cuando el imperialismo americano libraba en Corea su primera guerra caliente contra el comunismo amarillo, guerra inútil y estúpida vista desde la

perspectiva del sonriente Nixon en Pekín, y los jóvenes escépticos de la *beat generation* buscaban refugio de la tontería americana en un eterno vagabundeo que tenía a California por meta final. Jack Kerouac, cuya novela *On the road* tiene hoy interés como documento histórico, y los *beatniks* más o menos auténticos que florecieron en los años cincuenta (las primeras *barbas*, pies descalzos y guitarras de la protesta moderna) incubaron naturalmente el fenómeno «hippie», de un modo similar a como el dadaísmo incubó las semillas del surrealismo. A decir verdad, estos fenómenos no eran totalmente nuevos en la historia americana, uno de cuyos vectores más vitales ha sido la *tramp tradition*, que podría traducirse por «tradición de vagabundeo». Vagabunda fue la brillantísima *lost generation* de escritores americanos de los años veinte, con París como polo de atracción, y acaso los films de Chaplin, junto con *Tortilla Flat*, de Steinbeck, sean la expresión suprema de la mitología del vagabundeo y del *outsider* autoexiliado de su propia sociedad. De los «hippies», que abandonaron sus flores y su ideario disneyano en la convulsión que acompañó a la convención demócrata de Chicago en 1968, puede decirse que se han extinguido definitivamente como espécimen cultural, pero una parte importante de su filosofía y de sus actitudes sociales se ha convertido en patrimonio común general y aceptado de toda una generación. Hoy nadie habla ya de «hippies» en América, porque los «hippies» ya no existen, pero su herencia está presente en los *freaks*, término que originalmente significa «monstruos», pero que ahora designa a la vastísima juventud melenuda que en los campus universitarios protesta contra las instituciones de la sociedad americana y contra el *American Dream* que las sustenta. Pero el fenómeno *freak* es tan general, por lo menos en las áreas universitarias, que el término apenas tiene ya sentido y *freak* es casi sinónimo de joven. La única distinción todavía válida es la de *freak* y *drop out*, el estudiante que ha abandonado sus estudios, juzgando a la vida académica como forma de alienación y de aceptación de la moral capitalista, y vegeta mezclado entre los *freaks* que todavía cursan sus estudios. Tal vez estas distinciones terminológicas sean demasiado sutiles o demasiado equivocadas para un lector europeo, pero señalan los diferentes grados de repudio que un joven americano puede alcanzar en su rechazo de la sociedad capitalista y de sus instituciones.

A mi modo de ver, la razón última de la tradición *outsider* americana deriva del desesperado sentimiento de impotencia que siente cualquier persona que en este país pretenda transformar la realidad social que le rodea. Y en un país en

**Desde los días de la avalancha de buscadores de oro en 1848,
California ha sido
un permanente polo de atracción para las capas sociales
más dinámicas de los Estados Unidos...**

el que no existe tradición de estudios marxistas y en el que el partido comunista es apenas algo más que una reliquia, el impulso político de rechazo de la sociedad y la inviabilidad aparente de transformar esta sociedad conduce a formas de respuesta muy variadas y a veces pintorescas. La droga es una forma de respuesta personal ya clásica, tan clásica y tan extendida que parece inminente la legalización del uso privado de la marihuana en los Estados Unidos, tras el informe favorable de los expertos que asesoran a Nixon en esta materia. El argumento más serio en contra de la legalización de la marihuana es estrictamente psicológico: la legalización de la marihuana despojará al uso de esta droga del atractivo de su clandestinidad y empujará a sus usuarios al consumo de drogas más nocivas. Otra forma clásica de repudio de la moral social es el pansexualismo, hedonismo sin fronteras por lo menos tan antiguo como el paganismo griego y que aquí aparece etiquetado como «revolución sexual». Leyendo revistas estudiantiles no es raro tropezar con anuncios de orgías que se celebrarán tal día, a tal hora y en tal lugar e invitando a los lectores a participar en ellas. Tal vez no tenga sólo interés semántico señalar que al hedonismo sexual se le llama aquí «permissividad», que es lo opuesto a intolerancia. Otras formas de respuesta son típicamente religiosas, como el redescubrimiento del budismo Zen y del misticismo asiático, con la introspección y la purificación personal como metas. Es decir, el triunfo de la subjetividad y de la pasividad, como fuga de una sociedad a la que se odia. El último grito en el capítulo de la protesta religiosa es el **Jesus Movement**, movimiento nacido también en California y que presenta a Jesucristo como el primer joven melencólico, barbudo y descalzo de la historia protestataria, vagabundo precursor de los «hippies», que vivió pobre entre los pobres, odiado y perseguido por los ricos y asesinado por el poder político del **establishment** judeo-romano. Son muchas y variadas las sectas que se integran en este baobab de confusión bíblica, y acaso la más curiosa sea la autodenominada **Children of God**, que esgrimiendo citas de los evangelios ha organizado una verdadera cruzada contra el mundo de los adultos. Pero sería deshonesto omitir que, junto a estas alternativas de protesta personal, también existen movimientos y grupos estrictamente políticos, buena parte de ellos sometidos a la influencia más o menos ortodoxa del anarquismo de Bakunin y de Kropotkin. Para resumir esta jungla de respuestas colectivas de la juventud ante la provocación del complejo militar-industrial que rige los destinos del país, habría que decir que su mayor virtud es su espontaneidad y su antidogmatismo

mo furioso y su mayor debilidad reside en su frecuente ingenuidad por falta de un pensamiento teórico serio como soporte. Virtud y debilidad que difícilmente pueden separarse.

Me doy cuenta de que esta apresurada reflexión sobre la juventud americana me ha alejado de Los Angeles, pero la **youth culture** es pieza capital para comprender algunos aspectos del Oeste americano actual y de la protesta juvenil contra un modo de vida tan absurdo que, valga como ejemplo reciente, está procediendo a decorar las avenidas de Los Angeles con palmeras artificiales de plástico. Los funcionarios municipales de Los Angeles han alegado que las palmeras sintéticas ofrecen tres ventajas: no requieren ningún cuidado botánico, gozan de vida permanente y su color verde-cromo no se alterará en el flujo de las estaciones. Pero hace unos días una mano anónima y nocturna vengó a la Naturaleza destruyendo las hermosas palmeras de plástico recién implantadas. Después del trauma cívico, los funcionarios municipales reflexionaron y decidieron que resultaba excesivamente costoso encargar nuevas palmeras de plástico y, de momento, la injuria botánica no volverá a producirse.

El episodio de las palmeras de plástico no me parece baladí como síntoma para comprender la brutalidad de la opulencia capitalista americana, que con su napalm está destruyendo al mismo tiempo las palmeras y los arrozales de Vietnam. Y el problema del mal gusto americano está íntimamente ligado a la moral social que ve primordialmente en cualquier objeto una mercancía valorable en dólares y destinada a devengar beneficios. Leo en el **New York Times**, por ejemplo, que la industria del juguete ha incrementado considerablemente la producción y venta de osos panda de resultados de los dos osos panda que la República Popular China ha regalado a los Estados Unidos hace unas semanas. Índice elocuente de la capacidad mercantilizadora y banalizadora de la economía de consumo americana.

La catedral del **kitsch** americano es, sin duda, Disneylandia, aunque aquí la cantidad y calidad del **kitsch** es de naturaleza tan gigantesca y genuina que uno se pregunta cómo nos juzgarán nuestros hipotéticos descendientes si tras un hipotético cataclismo excavan las ruinas de esta inmensa casa encantada, construida a la medida moral de Peter Pan, el monstruoso niño que no quería crecer. Cuando hace algunos meses visité Atlanta, la capital de Georgia y de los Estados del Sur, unos amigos de la burguesía industrial de la ciudad me llevaron con orgullo a visitar el gigantesco ciclorama, el mayor del mundo, que allí reproduce con figuras de tres dimensiones el episodio de la derrota del ejército confederado y el incendio de la ciudad por obra del general Sherman, como recordarán quienes hayan visto **Lo que el viento se llevó**. El campo de batalla, el ferrocarril, los carromatos, las casas, los caballos y los soldados han sido meticulosamente reproducidos a escala natural en tres dimensiones y acaso sea esta la obra maestra del **kitsch** de todos los tiempos. Mis acompañantes me preguntaron con satisfacción qué opinaba de aquel espectáculo gigantesco, pero sólo pude balbucear que estaba profundamente impresionado. Y era verdad.

Pero no puede omitirse que si bien las más escandalosas muestras del **kitsch** mundial se encuentran en este país, también aquí se encuentran las experiencias artísticas más avanzadas e imaginativas. En estos momentos el Museo del Condado de Los Angeles está exhibiendo una exposición de esculturas organizada para ciegos y para los visitantes que no siendo ciegos se colocan benévolamente un antifaz opaco a la entrada. La colección reúne piezas de diferentes épocas y culturas, desde la Grecia helénica hasta hoy, y permite una fruición estética y táctil inédita en la percepción estética tradicional. El paso siguiente habrá de ser, naturalmente, la «melodía para el tacto» realizada con una selección de diferentes materiales y texturas organizados en orden secuencial.

Visitando la exposición no pude evitar el recuerdo de una inmensa galería de la fábrica Kodak, en Rochester, en donde el emulsionado de la película debe realizarse a oscuras y en donde, como en una antiutopía de Orwell o de Huxley, trabajan diligentes y en silencio una legión de obreros ciegos. Otro signo elocuente del pragmatismo industrial norteamericano.

Los Angeles-Hollywood sigue siendo, a pesar de todas las crisis, la capital del **Show Business** mundial, que engloba los estudios de televisión, la industria del disco y el cine, como antiguo rico venido a menos. El declive de la industria cinematográfica de Hollywood es patético y aquí se visitan sus reliquias como fósiles del pasado o como los recuerdos turísticos que se fabrican en las reservas de los indios. Algunas suntuosas mansiones blancas, heterodoxamente hispano-orientales y hoy comidas por la hiedra, hablan con elocuencia de aquellos pasados esplendores que Billy Bitzer evocó en **El crepúsculo de los dioses**. Y acaso vivan hoy en los palacios de Beverly Hills y Bel Air más ejecutivos de la industria petrolífera y publicitaria que estrellas o directores de cine. Un índice de tal declive, entre otros, lo ofrecen las famosas estrellas que decoran las aceras de Hollywood Boulevard, con los grandes nombres del séptimo arte —comenzando por Thomas Alva Edison— inscritos en ellas. Como el cine moderno ya no produce estrellas, el municipio ha comenzado a incluir los nombres de los astronautas de la NASA, nuevas estrellas de la aventura cósmica. También resulta patético, por lo que significa, el recorrido turístico organizado por los estudios Universal, los mayores de Hollywood, en donde Erich von Stroheim rodó **Foolish Wives** (su nombre no es mencionado ni una sola vez en un recorrido que dura dos horas) y en donde nació la gran escuela de cine de terror a comienzos de los años treinta. Otros estudios sobrellevan con mayor dignidad su decadencia y la Twentieth Century Fox ha optado pragmáticamente por explotar el petróleo que escondía su subsuelo. Hay que aclarar que el petróleo es abundante en el área de Los Angeles, pero los pozos de extracción insertos en la ciudad no pueden verse, pues están encerrados en edificios que en su exterior aparentan ser edificios comerciales. Nadie sabe muy bien si este camuflaje nace de un imperativo estético o es un gesto de hipocresía. El único petróleo que puede verse en la ciudad es en Hancock Park, en donde se exhiben bolsas petrolíferas con restos de grandes fósiles prehistóricos allí atrapados. Vestigios de tiempos remotos, no muy lejos de los nuevos fósiles que son hoy los estudios RKO y Paramount, situados al Noroeste de este cementerio antiluviano. ■ ROMAN GUBERN.

Disneylandia, la catedral americana del kitsch.

